

XV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXX Jornadas de Investigación. XIX Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. V Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional V Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2023.

El rechazo al saber en la era digital.

Thompson, Santiago.

Cita:

Thompson, Santiago (2023). *El rechazo al saber en la era digital*. XV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXX Jornadas de Investigación. XIX Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. V Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional V Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-009/486>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ebes/2av>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

EL RECHAZO AL SABER EN LA ERA DIGITAL

Thompson, Santiago

Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires, Argentina.

RESUMEN

Nos proponemos en esta presentación realizar un primer acercamiento a los aspectos de la era digital que promueven el rechazo al saber característico de la neurosis ordinaria. En primer lugar, se circunscribe que entendemos por era digital. En segundo término se define el horror al saber en psicoanálisis. Luego se abordan cuatro ejes para describir el rechazo al saber en la era digital: la profusión de información, la proliferación de lo imaginario, el odio generalizado y la delegación del juicio en la inteligencia artificial. Se toman como referencia textos de Gilles Deleuze, Jacques Lacan, Byung-Chul Han y Eric Sadin.

Palabras clave

Neurosis - Selfie - Odio - Inteligencia artificial

ABSTRACT

THE REJECTION OF KNOWLEDGE ON DIGITAL AGE

The objective of this paper is to provide an initial exploration of the aspects of the digital age that contribute to the rejection of knowledge, which is characteristic of ordinary neurosis. Firstly, it defines our understanding of the digital age. Next, it establishes the concept of “horror of knowledge” within psychoanalysis. Four main aspects are then examined to describe the rejection of knowledge in the digital age: the abundance of information, the proliferation of the ego, the prominence of haters, and the delegation of judgment to artificial intelligence. The texts of Gilles Deleuze, Jacques Lacan, Byung-Chul Han, and Eric Sadin are used as references.

Keywords

Neurose - Selfie - Hate - IA

¿Que entendemos por “era digital”?

Nos proponemos en esta presentación realizar un primer acercamiento a los aspectos de la era digital que favorecen y promueven el rechazo al saber característico de la neurosis ordinaria.

Para definir la era digital, la proponemos a una era que bien podemos denominar analógica. Ya en 1990, Gilles Deleuze hizo referencia a la crisis de las sociedades disciplinarias y su gradual reemplazo por lo que denominó sociedades de control. Un sistema cerrado y rígido de coerción se reemplaza por uno abierto y maleable.

Este cambio de las sociedades disciplinarias a las sociedades de control es solidario con lo que Lacan ubica como la subver-

sión del discurso del amo, que se convierte en discurso capitalista debido a una inversión entre los lugares del S_1 y el sujeto. Este discurso se presenta como un continuo, sin los cortes que, en los cuatro discursos, marcan la imposibilidad entre el lugar del agente y el otro, y la impotencia del producto para reintegrar la verdad. Este continuo es característico de las redes sociales: cada uno está siempre visible y conectado, siempre potencialmente disponible. Sin barreras, el discurso capitalista funciona en tiempo real: “avanza demasiado rápido, se consume, se consume tan bien que se consume” (Lacan, 1972).

Mientras que las sociedades disciplinarias apuntan a igualar a los individuos para que se ajusten a la norma, las sociedades de control impulsan constantemente hacia la optimización: así como la empresa reemplaza a la fábrica, la formación permanente tiende a reemplazar a la escuela, y la evaluación continua al examen (cf. Deleuze 1990).

Las nuevas tecnologías están al servicio de las sociedades de control y del discurso capitalista. Estas tecnologías proponen, como señala la socióloga Paula Sibilia (2008), una forma de lazo social. Las redes atraviesan las barreras y crean un continuo donde antes había compartimentos estancos. Cada uno participa en un panóptico digital donde controla y es controlado.

El horror al saber

Como se afirma en el proyecto de investigación en el que se enmarca este trabajo (Muraro-Alomo 2023), uno de los aportes capitales de Freud reside en el reconocimiento de los diferentes estatutos del saber. Él distingue entre aquellos saberes que son accesibles a la conciencia y de los cuales no se reniega, y por otro lado, aquellos saberes ignorados que permanecen reprimidos. Estos últimos toman la forma de un “saber no sabido” del cual se desprenden tanto afectos -la culpa, por ejemplo- como responsabilidades.

De esto se desprende la tesis Freudiana que sostiene que la neurosis se basa en una suerte de ignorancia que conlleva un sufrimiento: el neurótico es aquel que sufre por algo que desconoce porque en algún momento ha reprimido ciertos elementos de su conciencia; este destierro es resultado de un conflicto entre representaciones de fantasía asociadas a las pulsiones sexuales y el yo. Su mantenimiento conlleva un gasto psíquico. Para lograr esto, ha practicado lo que Freud describe en “Recordar, repetir y reelaborar” (1914) como “la política del avestruz”: frente a la “representación inconciliable”, ha optado por el aislamiento o la amnesia. Este proceso puede haber tenido éxito, manteniendo fuera de la conciencia durante mucho tiempo lo

que se intentaba expulsar, pero tarde o temprano, esta artimaña se revela ineficaz. Este saber reprimido acerca del deseo que divide al sujeto constituye la semilla del malestar neurótico, que regresa a través del síntoma. No se trata de un saber inofensivo, sino todo lo contrario. El saber que interesa al analista se refiere al deseo. Es un saber que necesariamente implica la angustia de la castración y que, por esa misma razón, desencadena afectos indeseables que podemos resumir bajo el término de “horror al saber”. Este horror al saber se consolida en la neurosis como una formación de carácter: por efecto de la defensa secundaria el síntoma pierde su carácter ajeno y se incorpora a la organización del yo. A continuación ubicaremos cuatro características de la era digital que consolidan tales formaciones de carácter: la profusión de objetivaciones del discurso, la promoción de la vía imaginaria, la cultura de la cancelación y el relevo del juicio por la inteligencia artificial.

Demasiada información

Hace ya 70 años, Lacan advertía sobre la “alienación más profunda del sujeto en la civilización científica” (271-272), por la cual el sujeto pierde su sentido en las objetivaciones del discurso. La enorme objetivación constituida por la ciencia le permite olvidar su subjetividad. Este sujeto moderno “llenará sus ocios con todos los atractivos de una cultura profusa que [...] le dará ocasión de olvidar su existencia y su muerte, al mismo tiempo que desconoce en una falsa comunicación el sentido particular de su vida” (272). La era de la conectividad, como es evidente, aumenta el espesor del muro del lenguaje. Los atractivos de la cultura se han multiplicado de manera exponencial. El individuo contemporáneo llena sus momentos de ocio con pantallas que lo llevan a una metonimia infinita: el interminable desplazamiento de contenidos en las redes sociales, las series maratónicas que han desplazado al cine y han eliminado la espera.

Los productos de la cultura conforman un muro de lenguaje que se opone a la palabra, y su espesor, afirma Lacan en 1953, podría medirse “por la suma estadísticamente determinada de los kilogramos de papel impreso, los kilómetros de surcos discográficos y las horas de emisión radiofónica que dicha cultura produce por persona” (272). En la era digital, este espesor se ha multiplicado de manera exponencial. La ciencia y sus dispositivos colaboran activamente para que el sujeto vaya olvidando su ser, su subjetividad y se pierda en la multiplicidad de información y objetos ofrecidos para su comodidad. Las redes sociales aumentan el muro que expulsa toda ajenidad. Tal como señala Byung-Chul Han: “la red se convierte en una caja de resonancia especial, en una cámara de eco de la que se ha eliminado toda alteridad, todo lo extraño” (2016, 16). La era de la conectividad acentúa la posibilidad de la desconexión instantánea más que el vínculo social. Las redes sociales ofrecen el servicio del desconocimiento respecto al otro. El filósofo sudcoreano advierte que hoy “nos entregamos a una comunicación ilimitada. La hipercomunicación digital nos deja casi aturdidos. Pero el ruido

de la comunicación no nos hace menos solitarios. [...] Las relaciones son reemplazadas por las conexiones. La falta de distancia expulsa la cercanía” (2016, 62). El lazo queda “aplanado” por un muro, ya no de lenguaje, sino de signos: es el reino del “me gusta”. Una zona de bienestar que forcluye lo extraño, lo desapacible y siniestro. El imperativo de aceleración nivela e iguala. El espacio transparente de la hipercomunicación no tiene misterio, extrañeza ni enigma (cf. 62-63).

El campo visual de las pantallas (el “black mirror”) aplana toda diferencia y edifican así un verdadero muro digital. Bajo la apariencia de una apertura al lazo “social”, tienen un efecto de burbuja donde toda alteridad es expulsada.

Demasiado ego

Las redes sociales refuerzan, como nunca en la historia de la humanidad, el eje imaginario que, desde el esquema lambda, Lacan opone al reconocimiento de la determinación del sujeto por el Otro. Dan lugar entonces a un ideal de autonomía y autenticidad que no es más que una forma de rechazo del saber. Como afirma Byung-Chul Han, la interconexión digital total y la comunicación total no facilitan el encuentro con otros. Más bien sirven para encontrar personas iguales y que piensan igual, haciéndonos pasar de largo ante los desconocidos y quienes son distintos. Se encargan de que nuestro horizonte de experiencias se vuelva cada vez más estrecho. Nos enredan en un inacabable bucle del yo y, en último término, nos llevan a una auto-propaganda constante (cf. 2016, 12). La forma más notable de exaltar el eje imaginario es la *selfie*. Es el pequeño pedestal al alcance de todos, el escabel proletario donde el sujeto se exhibe ante la mirada del conjunto de seguidores. Han señala que la adicción a los *selfies* es la expresión vacía de un yo narcisista que se ha quedado solo. Ante el vacío interior, uno intenta en vano fabricarse a sí mismo, pero lo único que se reproduce es el vacío. Lo que conduce a tal adicción es una autorreferencia narcisista. Los *selfies* son superficies hermosas, suaves y pulidas de un yo vacío e inseguro. Pero si se les da la vuelta, sostiene Han, uno se encuentra con el reverso cubierto de heridas y sangrante. Las heridas son el reverso de los *selfies* (cf. 44-45).

La *selfie* entonces para Han es una forma de no saber sobre una hianca, un tapón para desconocer la división del sujeto. A la falta en lo simbólico responde el velo imaginario de la imagen espejada y con filtros añadidos. Agrega que de la percepción y la comunicación actuales desaparece cada vez más el prójimo que tenemos enfrente, que se degrada de modo incipiente a mero espejo en el cual uno se refleja. Toda la atención se centra en el ego y se pone al servicio de una autoproducción. Cada vez se la retira más de lo distinto. Somos, los unos para los otros, escaparates que pugnan por acaparar la atención. (cf. 102). Estamos, entonces, capturados por un pseudo-lazo social en el que predomina el escabel, el propio estrado por sobre la direccionalidad al otro.

En el camino hacia una supuesta diferencia, el individuo se remite inexorablemente a un retorno de lo mismo. El esfuerzo por ser auténtico e inigualable desencadena, paradójicamente, una comparación constante con los demás. La lógica de comparar igualando hace que la alteridad se convierta en igualdad. Solo se aceptan aquellas diferencias que son conformes al sistema, es decir, la diversidad. Como término neoliberal, la diversidad se convierte en un recurso que se puede explotar, oponiéndose a la alteridad, que se resiste a cualquier forma de aprovechamiento económico. (cf. 38). La tan mentada diversidad no es más que una reabsorción de la diferencia en el campo de lo igual. Si lo observamos de cerca, la consigna de la diversidad es promovida por el capitalismo para generar un nuevo nicho de mercado. Toda singularidad queda reducida a una etiqueta más que se agrega a la lista nominaciones.

El odio generalizado

Una de las formas privilegiadas que toma la defensa secundaria en las neurosis de hoy es el odio. Los “haters” (odiadores) proliferan en las redes, la cultura del escrache y la cancelación está en su apogeo. El odio es una pasión hermana de la ignorancia. Y las redes, lejos de promover el saber, fomentan una burbuja que no permite la presencia de la otredad.

La cultura de la cancelación opera con un efecto viral, la temporalidad instantánea de las redes no permite detenerse en argumentos. Esto conduce a un verdadero colapso de los tres tiempos lógicos propuestos por Lacan: el instante de ver, el tiempo de comprender y el momento de concluir, donde el tiempo intermedio queda eliminado.

El odio se convierte en una suerte de terapia que se solidariza con el rechazo del conocimiento. Como señaló en una entrevista reciente el psicoanalista Miguel Benasayag: “el odio es el mayor medicamento ansiolítico. Cuando tenés odio no tenés más ansiedad y el mundo se ordena, porque te polariza. Está todo bien porque tenés un enemigo” (2023).

Asistimos a la paradoja de que la tecnología, lejos de clarificar y revelar un saber o acercarnos a la verdad, promueve la desinformación. A través de algoritmos, nos presenta noticias que se ajustan a nuestro bienestar. Los diarios digitales están plagados de titulares que no dicen nada y en lugar de informar, se reducen a “clickbaits” («cebo de clics»), una técnica de redacción que consiste en crear encabezados y descripciones sensacionalistas en un enlace, con el fin de atraer visitantes e incitarlos a hacer clic para abrir el contenido.

El filósofo francés Eric Sadin afirma que el fenómeno llamado “posverdad” no tiene como principal motivo la política de las redes sociales, que habrían cerrado los ojos ante la creación de cuentas falsas que compraban espacios de visibilidad con fines propagandísticos para diseminar *fake news* y manipular la opinión pública. Se intenta sostener equivocadamente que estos y otros hechos son la causa, cuando en realidad son efectos. El hecho principal es la nueva posición que ocupa el individuo

contemporáneo: cada cual se imagina con el poder de acomodar los acontecimientos a su visión de las cosas, con tal estado de narcosis respecto de la propia sensación de univocidad que cualquier enunciado divergente de la propia posición podría ser rechazado de ahí en más. La verdad se define a partir de uno mismo, o según las propias creencias y tendencias (cf. 2013, 95). Como destaca Elizabeth Roudinesco (2021) ya desde el título de su último libro, asistimos a un nuevo régimen de instauración de la verdad donde el yo se supone soberano. Si el yo es una función de desconocimiento, este desconocimiento está hoy entronizado. Por un lado el fenómeno conocido como la posverdad, una verdad que depende más de mi satisfacción, de lo que ella suma a mi odio por el otro, que del referente. El otro se desconoce y queda ubicado por decreto en el lugar de lo hostil a eliminar. La deshumanización del otro como condición de la necesidad de su eliminación ha tenido en el nuevo siglo su retorno bajo la forma de un neofascismo “blando”. Por otro lado, la idea de la “autopercepción” respecto de la identidad deviene forma de desconocimiento que vela la inevitable otrificación del sujeto. El Yo, función de desconocimiento, recobra en la era digital la condición de soberano, de la que fue exiliado desde el descubrimiento Freudiano del descentramiento del inconsciente respecto de la unidad yoica.

El antihumanismo de la inteligencia artificial

La inteligencia artificial nos invita a saber cada día menos: no es necesario conocer la ciudad para llegar de un punto a otro; hace tiempo que la mayor parte de la población no sabe realizar cálculos matemáticos de complejidad media, y la optimización de los traductores en tiempo real nos liberará en un futuro cercano de la necesidad de aprender una segunda lengua. En el equipo encargado de la traducción del chino en Google, no hay una sola persona que domine el idioma.

De hecho, el objetivo central de los algoritmos es poseer un conocimiento sobre cada individuo que reemplace el conocimiento que este cree tener sobre sí mismo. Los algoritmos nos sugieren qué película ver, qué música escuchar, las aplicaciones de citas nos sugieren un compañero adecuado y las redes sociales deciden por nosotros los contenidos que veremos a continuación en un *scroll* continuo y pasivo, además de indicarnos a quiénes podríamos estar interesados en seguir.

Sadin señala que todo el debate ético sobre las nuevas tecnologías y la inteligencia artificial se ha centrado de modo erróneo en el derecho a la privacidad y la posible desaparición del trabajo, cuando el elemento central de la revolución digital es el reemplazo del juicio del individuo por una IA que tomará a su cargo el saber. El rechazo al saber toma así la forma de una delegación.

El modelo del hikikomori es ahora una realidad: una completa falta de participación social que, sin embargo, permite adquirir experiencias. La IA afecta nuestro juicio al decidir por nosotros y promover un reemplazo de las relaciones sociales por el al-

goritmo. La figura del hombre del futuro que se muestra en la película WALL-E, engordando frente a una pantalla en un sillón móvil, está cada vez más cerca.

Sadin puntualiza que en nuestros días los sistemas computacionales han sido dotados del poder de enunciar la verdad. (cf. 2013, 17). Lo digital se erige entonces como un órgano habilitado para peritar la realidad de modo más fiable que nosotros mismos, así como para revelarnos dimensiones hasta ahora ocultas a nuestra conciencia... relevando el lugar del analista. Al dispositivo digital se le asigna el poder de enunciar, siempre con más precisión y sin demora alguna, el supuesto estado de las cosas. Se le asigna entonces finalidad de garantizar lo verdadero. Este poder constituye la primera característica de lo que se llama “inteligencia artificial” y determina, en consecuencia, todas las funciones que le son asignadas. Se busca atribuir a los procesadores cualidades humanas, prioritariamente aquellas de poder evaluar situaciones y sacar conclusiones de ellas. (cf. 17-18). Concluye Sadin que “la humanidad se está dotando a grandes pasos de un órgano de prescindencia de ella misma, de su derecho a decidir con plena conciencia y responsabilidad las elecciones que la involucran” (21). Tales sistemas nos arrebatan nuestra facultad de juicio y que no se someten a un criterio ético. Se pregunta entonces “¿Cómo llegamos a esa forma de narcosis y renuncia colectivos que contribuyen a dejar el campo libre a quienes obran encarnizadamente para instaurar una conducción automatizada de los asuntos humanos?” (37)

El funcionamiento intrínseco de la IA y los algoritmos deja de lado toda casualidad.

Byung-Chul Han lo destaca:

Ese acopio máximo de informaciones que son los macrodatos dispone de un saber muy escaso.

Con la ayuda de macrodatos se averiguan correlaciones. La correlación dice: si se produce A, entonces a menudo también se produce B. Pero por qué eso es así no se sabe. La correlación es la forma de saber más primitiva, ni siquiera está en condiciones de averiguar la relación causal, es decir, la concatenación de causa y efecto. Esto es así y punto. La pregunta por el porqué está aquí de más. Es decir, no se comprende nada. Pero saber es comprender. Así es como los macrodatos hacen superfluo el pensamiento. Sin darle más vueltas, nos dejamos llevar por el esto es así y punto. (2016,13)

La inteligencia artificial e sostiene meramente en el registro de recurrencias, es el sistema de ordenamiento de lo que se ha dado en llamar Big Data. A partir de un cumulo enorme de información el teclado “predice” que después de una palabra vendrá aquella otra, el servicio de *streaming* supone que si me gustó esta canción me gustará esta otra porque a una gran cantidad de usuarios le gustaron ambas.

Para “pensar” la AI prescinde de toda relación causal.

Queda evidenciado, entonces, que el juicio humano, el prisma ético y toda idea de casualidad quedan apartados de la propuesta de la IA como nuevo rector de nuestras vidas.

Me gustaría concluir este escrito con unas palabras de Han que evocan la función del analista:

En el futuro habrá, posiblemente, una profesión que se llamará oyente. A cambio de pago, el oyente escuchará a otro atendiendo a lo que dice. Acudiremos al oyente porque, aparte de él, apenas quedará nadie más que nos escuche. [...]. En cierto sentido, la escucha antecede al habla. Escuchar es lo único que hace que el otro hable. Yo ya escucho antes de que el otro hable, o escucho para que el otro hable. La escucha invita al otro a hablar, liberándolo para su alteridad. El oyente es una caja de resonancia en la que el otro se libera hablando. Así, escuchar puede tener para el otro efectos salutíferos. (2016, 113-114).

No es casual que luego de la pandemia, que hizo avanzar unos diez años la digitalización del mundo, proliferen como nunca antes las consultas en nuestra comunidad. Porque nuestra escucha es causa de un decir que se sostiene en una posición ética para llevar adelante un tratamiento en un ser libre de elección.

BIBLIOGRAFÍA

- Benasayag, M. (2023, 2 de enero). Miguel Benasayag: ‘Este modo de existir en el mundo no va más’. Página/12. Recuperado de <https://www.pagina12.com.ar/512547-miguel-benasayag-este-modo-de-existir-en-el-mundo-no-va-mas>
- Deleuze, G. (1990). “Posdata sobre las sociedades de control”, en Christian Ferrer (Comp.) *El lenguaje literario*, Tº 2, Ed. Nordan, Montevideo, 1991.
- Lacan, J. (1953) .Función y campo de la palabra y el lenguaje en psicoanálisis. En *Escritos 2*, pp. 271-272. Buenos Aires: Siglo XXI, 2002.
- Lacan, J. (1972). “Del Discurso Psicoanalítico”. Conferencia en Milán. Recuperado de http://letrahora.com/wp-content/uploads/2022/11/Conferencia_en_Milan.pdf
- Muraro, V., Alomo, M. (2023). “Delimitación de la noción de horror al saber y sus manifestaciones clínicas”. Proyecto de investigación. (Inédito).
- Han, B.-C. (2012). *La sociedad de la transparencia*. Barcelona, Herder, 2013.
- Han, B.-C. (2013). *En el enjambre*. Barcelona, Herder, 2013.
- Han, B.-C. (2016). *La expulsión de lo distinto*. Buenos Aires: Herder, 2017.
- Roudinesco. E. (2021). *El yo soberano. Ensayo sobre las derivas identitarias*. Buenos Aires: Penguin Random House Grupo Editorial, 2023.



Sadin, E. (2013). *La inteligencia aumentada. Anatomía de un antihumanismo radical*. Buenos Aires: Editorial Caja Negra, 2018.

Sibilia, P. (2008). *La intimidad como espectáculo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2017.